

hezkuntza jardunaldiak | jornadas de educación

¿qué sociedad, qué educación, qué sindicato?

M^a Teresa Laespada Martínez. Doctora en Sociología por la Universidad de Deusto. Licenciada en Ciencias Políticas y Sociología.

Profesora Titular de la Universidad de Deusto en la Facultad de Psicología y Educación. Pertenece al Departamento de Psicología Social.

En la actualidad se encuentra en excedencia forzosa por ocupar cargo público. Es Diputada Foral de Empleo, Inclusión Social e Igualdad.

Ha sido directora del Instituto Deusto de Drogodependencias (2006-2015), directora del máster de drogodependencias y otras adicciones (2006-2015), y es miembro de diversos comités científicos de revistas científicas.

Ha sido Investigadora principal (IP) en la línea de investigación en drogodependencias y otras adicciones de la UD y pertenece al equipo de investigación reconocido por el Gobierno Vasco "calidad de vida e inclusión social". Tiene más de 60 publicaciones de muy distinto tipo y ha tomado parte en más de 40 investigaciones, locales, nacionales e internacionales.

En su perfil político fue parlamentaria vasca en la IX legislatura (2009-2012), miembro de la ejecutiva de PSE-EE de Euskadi (2009-2012) y actualmente es miembro de la ejecutiva del PSE-EE de Bizkaia, como responsable de políticas sociales.

Mesa redonda I

Benetako berdintasunaren alde

“No hay tradición cultural que no justifique el monopolio masculino de las armas y de la palabra, ni hay tradición popular que no perpetúe el desprestigio de la mujer o que no la denuncie como peligro”

(Eduardo Galeano, 2015: Mujeres)

El costoso camino hacia la igualdad

Las mujeres hemos realizado un largo y costoso recorrido. Generaciones de mujeres anónimas que nos precedieron realizaron una lucha titánica con un esfuerzo y coste personal imposible de recompensar y gracias a ellas, nosotras disfrutamos de derechos iguales y de algunos logros sociales, aunque el camino sigue siendo largo y costoso.

Son muchas, muchísimas las mujeres feministas que nos han precedido y que buscaron la igualdad de mujeres y hombres. En España, durante los periodos republicanos el movimiento feminista ad-

quirió fuerza y pudo llevar al Congreso de los Diputados a dos mujeres que protagonizaron uno de los debates más interesantes de la política –Clara Campoamor y Victoria Kent– sobre el voto de las mujeres derecho que se adquirió por la encendida defensa de la primera. Pero penetramos en la oscuridad del franquismo durante casi cuarenta años que ensombrecieron e invisibilizaron la figura de la mujer. Mientras en la Europa de la postguerra las mujeres entraban en las universidades y adquirían potencia pública, las mujeres españolas vivían infantilizadas, sumisas bajo la tutela de varones que tomaban las decisiones por ellas, sin derechos, ni posibilidad de autonomía alguna, en procesos educativos y socializadores que les cortaban las posibilidades de revelarse contra tamaña injusticia y aberración.

Generaciones de mujeres anónimas que nos precedieron realizaron una lucha titánica con un esfuerzo y coste personal imposible de recompensar y, gracias a ellas, nosotras disfrutamos de derechos iguales y de algunos logros sociales, aunque el camino sigue siendo largo y costoso

Sin embargo, finalizado el franquismo, España adquirió de golpe una conciencia social en pocos años sobre las libertades individuales y los derechos de ciudadanía y el movimiento feminista que entonces ya se encontraba organizado y luchando por sus derechos fueron tomando cuerpo e importancia en la toma de decisiones de los derechos de las mujeres. En pocos años se construyó en el imaginario social la incuestionabilidad de la igualdad en los derechos de hombres y mujeres. Pero si bien ese avance se produjo muy rápido, no es menos cierto que ese avance no ha progresado en la misma fuerza e impulso que tuvo en sus primeros años e incluso me atrevería decir que si bien no hemos perdido ninguno de los derechos adquiridos, sí hemos perdido el interés por la lucha por la igualdad, y lo que es preocupante, hemos ralentizado en la conquista de espacios de igualdad por lo que la presencia pública y visible de mujeres, la participación en espacios exclusivamente masculinos, las diferencias salariales, las dobles jornadas femeninas y lo que es más preocupante, las nuevas corrientes neomachistas nos hacen volver a repensar el modo de dar impulso a una sociedad más igualitaria y justa.

El papel invisibilizado de las mujeres en la escena pública...

Quedarnos en la utilización de un lenguaje visible de las mujeres corre el riesgo de la banalización de los gestos que desde la igualdad pretende realizar. Es un primer paso, pero hay que seguir visibilizando a las mujeres y hay otros espacios sociales que deben ser obligatorios o casi. Es necesario restaurar la presencia pública de las mujeres en esferas donde sigue vetada, no tanto normativamente como socialmente. Y ello pasa por eliminar la injusta y desigual distribución de roles en un mundo polarizado de géneros. Para ello, es necesario que mujeres ocupen espacios masculinizados y que hombres ocupen espacios feminizados y ello exige cambios estructurales de calado que no son fáciles de realizar a corto plazo.

Las mujeres han sido capaces de ocupar algunos espacios profesionales masculinos sin abandonar sus roles cuidadores, con lo que su sobrecarga de trabajo es muy superior, además de que no se ha abandonado la exigencia de mostrarse como “mujeres 10, porque a ellas se les sigue juzgando mucho más duramente que a ellos.

Las mujeres ganan un 15,3% menos que los hombres, según refleja un reciente informe presentado por el Ministerio de sanidad, servicios sociales e igualdad (determinantes sobre la brecha salarial de

género en España). Y sin embargo, nadie duda hoy en día de la capacidad de las mujeres para desempeñar todo tipo de trabajos y desempeños profesionales. Las mujeres han salido del hogar y se han incorporado al mercado laboral con una carga enorme por compatibilizar su desempeño laboral con los cuidados familiares de lo que no se han desprendido. El 91,9% de las mujeres realizan tareas domésticas y se ocupan del cuidado de niños, ancianos y personas dependientes durante 4 horas y 29 minutos diarios, frente al 74,7% de los hombres que dedican en promedio 2 horas y 32 minutos. (Encuesta Usos del Tiempo, INE, 2015).

Es cierto que las nuevas generaciones de padres jóvenes, no todos, asumen con mayor naturalidad y peso sus responsabilidades paternas, pero aún queda mucho por construir. Son muchos los padres jóvenes que han asumido su papel en el cuidado de los hijos e hijas, sin embargo, donde apenas se han incorporado es al cuidado de los padres y madres dependientes; ésta sigue siendo una tarea reservada casi en exclusiva para las mujeres.

Las mujeres ganan un 15,3% menos que los hombres, según refleja un reciente informe presentado por el Ministerio de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad

Es la invisibilidad del protagonismo de las mujeres el que sigue siendo el más agresivo contra nosotras, así como la atribución de roles diferenciados. Cuando una mujer se muestra públicamente con todo su potencial, no dejan de salir detractores de la misma buscando sus puntos débiles para someterle al juicio público, especialmente si el papel de las mujeres es político, económico o social. Hechos recientes vividos en la esfera política lo corroboran; las mujeres políticas cuestionadas por su aspecto físico (las políticas de las CUP) o por su forma de vestir (Ines Arrimadas de C's), o la última "gracieta" en el Congreso de los Diputados sobre la posible atracción de una Diputada del PP hacia uno de Podemos. Pero tampoco podemos olvidarnos que también hay cadenas de televisión que por muy progresistas que se tilden, utilizan la imagen de la mujer como reclamo para su cadena. Presentadoras jóvenes, con una imagen impecable, sujeta a los cánones de belleza que son encumbrados y nadie parece criticarlo con fuerza desde la izquierda.

¿Cuál es el reto ahora?, ¿qué debemos hacer?

Prioritariamente, toca el turno a los hombres

No vamos a avanzar en igualdad si los hombres no toman dos decisiones: ceder el espacio ocupado a las mujeres y cambiar su perfil hacia una nueva masculinidad que nos acompañe generacionalmente a las mujeres que ya hemos cambiado y estamos en condiciones de crear sociedades igualitarias en dimensión de género.

Existen razones políticas, ideológicas y éticas que llevan a la sociedad a esperar, demandar y apoyar que muchos hombres opten por actitudes, posicionamientos y prácticas más igualitarias. Estas razones tienen que ver con el hecho de que la igualdad es un valor de convivencia y un derecho humano pero es que además, enriquece a ambos, enriquece a mujeres, naturalmente, pero enriquece a hombres, sin ninguna duda. El enriquecimiento para las mujeres es más que evidente, pero ser un hombre más igualitario supone asumir mayores responsabilidades hacia el cuidado de las demás personas, pero también de uno mismo; aumenta la autoestima, la empatía; favorece el crecimiento personal, y aumenta la calidad en las relaciones tanto con las mujeres como con otros hombres, entre otras ventajas. Supone poner otra mirada, otra visión respecto a lo que supone su perfil social, su rol. Supone ampliar las miradas y perfiles, saliéndose de su constreñido rol de una masculinidad

muy estereotipada y relacionada con la fuerza, la conquista, la protección, la virilidad más propia de épocas guerreras que de la era del conocimiento en la que vivimos.

En el proceso de construcción de una sociedad igualitaria entre mujeres y hombres hay que deconstruir modelos que no sirven y reelaborar modelos más igualitarios. De ello hablamos cuando hablamos de nuevas masculinidades. Hombres que desarrollen su capacidad afectiva y empática, que sepan dar cabida a las mujeres sustrayéndose de visibilizarse allí donde las mujeres deban estar en igualdad, rechazando entrar en micromachismos, comentarios, bromas o actitudes segregadoras y desigualitarias con las mujeres, juzgando con dureza a sus congéneres varones que reproduzcan ese modelo, defendiendo con contundencia los derechos igualitarios. Hombres que participen activamente en la lucha social contra la violencia hacia las mujeres. Los hombres deben denunciar ésta y otras violencias. Esta aportación de los hombres a la lucha contra la violencia contra las mujeres pasa por no tolerar ni justificar la violencia machista, sea ésta física, sexual o psicológica y eliminar el uso de la violencia para defender cualquier derecho o para la confrontación.

Es necesaria una actitud de los hombres de no aprovechar ni apoyarse en situaciones discriminatorias para tener o mantener más poder en el ámbito público, en sus diferentes dimensiones política, social y económica. Es necesario que aprendan a ceder terreno y visibilizar a las mujeres en consejos de administración, en direcciones empresariales, direcciones escolares, jefaturas de todo orden. No puede ser que a medida que se asciende en la escala laboral, la presencia de mujeres sea casi anecdótica en todos los ámbitos profesionales. En todos, incluso en aquellos en los que las mujeres son mayoría. No puede ser que se organice una reunión de directivos y la mayoría sean hombres y en el ámbito empresarial son abrumadoramente masculinas.

La conciliación entre el mundo laboral y la vida personal y familiar, requiere una implicación igualitaria por parte de los hombres; entender que la realización de los trabajos domésticos y de cuidado son también responsabilidades masculinas. Un compromiso con este cambio puede comenzar por utilizar los permisos de paternidad, reducciones de jornada y excedencias.

Una apuesta igualitaria debe tener en cuenta también la necesidad de un cambio de actitud de los hombres frente a otros hombres, a través del reconocimiento de la pluralidad masculina, de la diversidad de opción y orientación sexual.

Estoy completamente segura de que a medida que los hombres vayan acompasando sus nuevos roles masculinos a los nuevos tiempos y cedan espacio visible a las mujeres, los cambios sociales serán de calado y se completará la gran revolución social de nuestra era que se inició con la incorporación de las mujeres al mercado laboral, pero que quedará imperfecta si no logramos una igualdad real.

Es necesaria una actitud de los hombres de no aprovechar ni apoyarse en situaciones discriminatorias para tener o mantener más poder en el ámbito público, en sus diferentes dimensiones política, social y económica